La Médica

Leopoldo Alas "Clarín"

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 7981

Título: La Médica
Autor: Leopoldo Alas "Clarín"
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 4 de marzo de 2023
Fecha de modificación: 4 de marzo de 2023

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

La Médica

Era D. Narciso un enfermo de mucho cuidado; entendámonos, porque la frase es de doble sentido. No digo que estuviera enfermo de mucho cuidado.... Tampoco esto va bien. Si estaba enfermo de mucho cuidado, ya lo creo; muy grave; sobre todo porqué empeoraba, empeoraba y no se podía acertar con el remedio, ni había seguridad alguna en el diagnóstico. Pero lo que yo quería decir primero no se refiere á la gravedad y rareza del mal, sino á la condición personal de D. Narciso, que era un enfermo de mucho cuidado.... como hay toros de mucho cuidado también, ante los cuales el torero necesita tomar bien las medidas á las distancias, y á los quiebros, y al tiempo, para no verse en la cuna. El médico era á don Narciso lo que el torero á esos toros; porque don Narciso, hombre nerviosísimo, filósofo escéptico y aficionado á leer de todo, y por contera aprensivo, como todos los muy enamodos de la propia, preciosa existencia, le ponía las peras á cuarto al doctor, discutía con él, le exigía conocimientos exactos á lo que á el le pasaba por dentro, conocimientos que el doctor estaba muy lejos de poseer; y con las voces técnicas más precisas le combatía, le presentaba objeciones, y, en fin, le desesperaba. Lo peor era que, acostumbrado don Elenterio, el médico, á la mala manía de hablar delante de sus enfermos legos en los términos del arte, porque así ni él mentía ocultando la gravedad del mal, ni los enfermos se alarmaban demasiado, porque no le entendían, á veces se le escapaba delante de D. Narciso alguna de esas palabrotas poco tranquilizadoras para quien las entiende; y el paciente, erudito, siquiera fuese á la violeta, ponía el grito en el cielo, se alborotaba, y si no pedía la Extremaunción no era por falta de miedo había que tranquilizarle, mentir, establecer distingos, en fin, sudar ciencia y paciencia; y no para curarle, sino para que se volviese á sus casillas. Don Eleuterio aguantaba todas estas impertinencias porque el parroquiano ó cliente era de oro por lo bien que pagaba, y, además, hombre influyente y de mucho viso; en fin, no se le podía plantar, pese á todas sus....*cosas* ,como las llamaba el médico por no insultar al otro.

Y no valía que las palabras terminadas en *itis ó* en *algia,* y otras no menos

bárbaras, fuesen de uso completamente nuevo, acabadas de componer por un sabio, autor de libro ó artículo de revista, ó de laboratorio; todo lo comprendía el entrometido, porque como picaba también en las lenguas sabias, no era *manco* en la griega, ó mejor, no era *deslenguado;* y en seguida, anhelante, preocupadísimo, analizaba los componentes del terminacho flamante, y sea con ayuda del léxico, ó sin ella, sacaba en limpio....que él tenía el hígado mechado, como dice un personaje de *Zaragüeta, ó* el *riñón cubierto...* de úlceras, ó cualquier otra barbaridad.

Aquello era un purgatorio. La familia de don Narciso pagaba el suplemento de las pejigueras que tenía que aguantar el facultativo. Al cual le costaba más trabajo hacerse respetar, en nombre de la autoridad de la ciencia, porque, cuando estaba sano el amigo D. Narciso, solían convenir, sobre todo si tomaban juntos á la sazón café y copa, en que la Medicina está en la edad de piedra, y puede que nunca alcance la de oro. Los dos hacían alarde de su escepticismo terapéutico; el médico muy vano porque creía que era un acto de imparcialidad sublime y de abnegación el confesar el semejante *bancarrota* (palabra de moda en las ciencias), contra lo que le aconsejaban sus intereses; y el otro muy hueco porque lucía su erudición trayendo á cuento á los ilustres varones que habían renegado de médicos y medicinas. «Cómo dijo Moliére....Según Montaigne....Dijo Quevedo», etc., etc.

Y claro, cuando había que agarrarse á un clavo ardiendo, recurrir á la Medicina, porque D. Narciso se iba por la posta, ¿con qué cara le hablaba don Eleuterio de la eficacia de las recetas ni aún de la probabilidad de los diagnósticos? ¿No habían convenido en que *el juego fatal de los fenómenos naturales* era demasiado *complejo* para que el hombre pudiera tener la pretensión de penetrar en su enmarañada urdimbre? Todo iba á dar á la química... y la *verdadera química* estaba en mantillas.

No se sabía si existían los átomos; lo probable era que no; y sin embargo, los átomos; eran indispensables para la química....y ni aún esto era ya muy seguro, según las recientes disputas de Ostwald, Cornu, etc. De modo que todo estaba en el aire.... todo se reducía á conjeturas, á hipótesis.... ¡y á don Narciso le llevaban los demonios, porque no quería que el importantísimo negocio de su *rápida* curación dependiese de nada hipotético.... *«O ji ó ja,»* gritaba él; *ji* era la muerte y *ja* la salud. Y aunque decía *ji ó ja,* al médico no le permitía decir más que *ja.* Y la decía D. Eleuterio á regañadientes, porque le gustaba ser claro. Pero en diciendo él *ja*

(la salud, sin duda), se irritaba el otro, y exclamaba;

—¿Usted que sabe? á mi no se me engaña. Tanto cree usted en esas pócimas como yo; ni usted ni nadie sabe lo que yo tengo en el bazo, ni lo que puede sobrevenir en el hígado.... — ¡Todo es farsa! Usted me lo ha confesado mil veces.

Y así se pasaba la vida, haciéndola más miserable y menos apetecible de tanto apetecer prolongarla y de tanto temer la muerte.

* * *

Un día D. Eleuterio se puso muy serio, á la cabecera de la cama de D. Narciso; sacó el reloj, tomó el pulso, examinó detenidamente al enfermo, y con un tono autoritario que, por de pronto, sorprendió y sobrecogió al paciente, impuso su voluntad y declaró que iba á recetar una cosa que estaba indicadísima para evitar complicaciones serias que podían sobrevenir, de que ya había indicios. Y no dió más explicaciones; no dijo qué *cosa* era aquella. Don Narciso asustado, débil, no pudo mostrar la energía de otras veces para ponerse al cabo de lo que se iba á hacer con el.

A sus tímidas indicaciones, el médico, con voz seca, contestó (seguro de ejercer en aquella ocasión cierto poder sugestivo):

—No puede usted entender la fórmula de esto: es cosa nueva; esta noche he estudiado la cuestión, y resuelvo que esto es lo que conviene; se trata de algo muy complejo, que usted, profano al fin, no comprenderla. Y no hay que andarse con bromas, podrá el remedio no servir; pero sin él..... es seguro....

—¿*El* qué?

—Es seguro que estamos....mal.

Cada vez más acoquinado, dijo D. Narciso, por decir algo:

—Bueno; pues... que traigan pluma y papel.... ó pase usted al despacho...

—No: no hace falta; tengo prisa. Aquí mismo; traigo yo papel y lápiz....Y esas plumas de usted nunca parecen....y eso que es usted escritor.

Y diciendo y haciendo, sacó de un bolsillo interior una cartera, buscó en ella un papel y un lápiz, y en pie, apoyando el papel en la cartera misma, escribió rápidamente la receta. Quería aprovechar aquel momento de dominio sugestivo sobre el enfermo, y no quería dilaciones por causa de pormenores materiales. Nervioso, pero con aspecto de triunfo, guardo sus chismes de escribir, se despidió con pocas palabras y salió, después de entregar á uno de la familia el papelito, símbolo de su victoria sobre el empecatado D. Narciso.

Vino la medicina, la tomó el enfermo, como un doctrino, en la forma que al salir había detallado el médico, y no hubo más.

* * *

Así, como media hora después de tragarse la pócima, D. Narciso, revolviendo impaciente los pliegues del arrugado embozo del lecho, tropezó con un papel escrito.

—¿Qué es esto? pensó. ¿Quién ha dejado esto aquí? !Ah! ya caigo. Este papel se cayó de la cartera de D. Eleuterio.—Como no era carta, ni cosa por el estilo, su curiosidad no encontró resistencia cuando le pidió que leyera aquel documento.

Y leyó. ¡Cosa más rara! Eran unos apuntes que podían llamarse reflexiones sueltas acerca de la Medicina en general. ¡Pero qué reflexiones (No sólo eran incoherentes, sino que subvertían todo el orden de la terapéutica, tomaban á contrapelo la patología, y suponían un criterio de escepticismo caprichoso, respeto de la ciencia tradicional; y en cambio se veía clara una tendencia á admitir la eficacia de lo maravilloso, á suponer en la realidad, en el *fondo de la química, según* palabras que se leían allí, misteriosas relaciones, virtudes cuasimorales de los llamados *simples con* que no contaba ni podía contar la Medicina, porque desconocía la naturaleza, y aún la existencia, de tales elementos de la vida natural, y nadie podía decir de sus causas ni de sus efectos. Se exageraba en aquel papel la autosugestión; se suponía que, siendo el hombre *microcosmos,* tenía, por *autarquía* y *autonomía* de la vida *universal-individual,* un mundo aparte, *individual,* de leyes naturales, diferentes para cada cual. Así como Protágoras había dicho que «el hombre era la medida de todo» con relación al conocimiento, significando que la verdad para cada cual era diferente, allí se aseguraba que las enfermedades y los remedios en cada ser individual eran diferentes también. Después venían burlas sangrienta,

sarcasmos feroces contra médicos, escuelas, hipótesis científicas, etc., todo en estilo nerviosísimo, entre paradojas é hipérboles, incongruencias, imágenes alambicadas y extravagantes....

—No cabe duda,—pensó D. Narciso;—este hombre está loco; ¡quién lo había de decir! Aquí tengo el pensamiento secreto de mi médico: este papel se le ha caído de la cartera cuando la sacó para escribir la receta; este papel representa el íntimo pensar de mi médico....y esto es obra de un loco ilustrado, de un doctor....á quién se le han hecho los sesos caldo. ¡Dios mío....y yo estoy en manos de este demente, á merced mi salud de los caprichos de una vesania!

Y siguió leyendo, y de repente dió un grito espantado. Porque había leído esto:

«El único médico bueno del mundo no es médico, es *médica:* la Casualidad.»

»Sólo podéis curar vuestros males jugando á la lotería. Una receta debe ser algo así como un *décimo* ó muchos *decimos.* El motivo es obvio. No es cierto que la ignorancia en que estamos del fondo virtual de la *esencia* de las cosas aconseje la abstención de medicamentos. El mal, por lo común, no desaparece por sí solo. Lo que hay que hacer es.... jugar á la lotería el mayor número posible de billetes, para aumentar las probabilidades de curar.... y las de reventar. («¡Loco rematado!» gritaba al llegar aquí D. Narciso.) El que no se aventura no pasa la mar. El médico y el enfermo deben de ser valientes, jugar el todo por el todo. La receta debe contener la mayor cantidad posible de principios curativos que no se neutralicen, todos de positiva eficacia en su género. De este modo, si no se ha dado en el clavo, sino en la herradura, se puede matar al paciente, es verdad; pero también puede suceder que su mal no tenga relación ni con el efecto nocivo ni con el benéfico del resultado de la combinación compleja de agentes. Puede también suceder que ésta resulte inofensiva para todo temperamento y para todos los órganos, en todos los estados. Y, por último, puede suceder que la acción de alguno de los componentes, ó de la reunión de varios, ó de la total, sea la que se buscaba á ciegas. Y entonces tenemos la receta modelo....*a posteriori.* La firma.... la *médica única,* la Casualidad. Jugad muchos billetes y podréis tener más probabilidades de sanar.... ó de reventar.»

—¡Reventar, reventar de seguro!—gritaba don Narciso fuera de sí, casi

decidido á saltar de la cama, víctima del pánico.

Se colgó del cordón de la campanilla; pedía socorro. «¡Envenenado! ¡Estoy envenenado!» decía lleno de terror á los parientes y criados que rodearon el lecho....

—¡Lo que me habrá dado ese loco! ¡Dios mío! ¡qué *números,* qué *serie* de la loteria me habré tragado yo!

—¿Pero estás loco?...—le preguntaban.

—No, yo no; el médico.... Pronto, á escape, un contraveneno....un vomitivo.....

—Irán á la botica....

—No, no, es tarde; corre prisa....Aceite, ¡todo el aceite que haya en casa!... ¡Venga aceite!

Bebió no sé que cantidad fabulosa de aceite. Por aquella boca salio á poco.... lo que no puede decirse. Debió de haberse quedado hueco. Le venció la debilidad y se quedó entre aletargado y dormido.

Se llamo á D. Eleuterio. Cuando despertó don Narciso lo tenía inclinado sobre su cabeza, observándole.

—Pero ¿qué hace aquí ese hombre?

Don Eleuterio creyó que deliraba. En fin, después de muchos despropósitos, hubo explicaciones. Don Narciso *sintió* que se *sentía* muy bien.

—¡La medicina!—dijo D. Eleuterio.

—Nó, el aceite.

El médico se echó á reir, y dijo:

—Puede.

Aquel papelito que tanto había alarmado al enfermo no era cosa de su médico; éste, por curiosidad lo había recogido entre otros muchos que había dejado un pobre estudiante de Medicina que había muerto loco en el

hospital.

A los pocos días del susto y de *desfondarse, don* Narciso se paseaba ya por casa y comía con apetito.

Y una tarde, D. Eleuterio, que había estudiado muy bien la rápida y milagrosa curación *espontánea* del inaguantable cliente, le dijo:

—Pues hay que confesarlo; el loco del hospital... acertó con ese testamento *científico.* Quien le ha curado á usted ha sido *la médica,* la Casualidad. Reconozco, sé positivamente, que lo que usted necesitaba, y yo no caía en ello, no era lo que yo le dí, sino lo que usted tomó para arrojar lo otro.

—¿Aceite?

—Si no aceite por necesidad, algo que surgiera el mismo efecto. La cosa parece muy grosera; pero la verdad es que *usted tenía dentro algo que no sabemos lo que era;* y que le hacía falta librarse de ello, y se libró....por creer que yo estaba chiflado. Le han curado á usted entre un demente y la Fortuna. Dos locos.

—Sobre todo me ha curado..... *la médica.*

Leopoldo Alas "Clarín"

Leopoldo García-Alas y Ureña «Clarín» (Zamora, 25 de abril de 1852-Oviedo, 13 de junio de 1901) fue un escritor español.

En marzo de 1875, Antonio Sánchez Pérez (no se conoce su biografía) fundó un periódico con el nombre de El Solfeo. El 5 de julio entraron en su redacción unos cuantos jóvenes, entre ellos Leopoldo Alas. El periódico pasó totalmente desapercibido y ni siquiera fue nombrado por los cronistas de la época. Su director quiso que sus colaboradores tomaran como

seudónimo el nombre de un instrumento musical y así fue como Leopoldo eligió el clarín que a partir de ahí sería el alias con que firmaría todos sus artículos. La columna donde escribía tenía el título de «Azotacalles de Madrid» (Apuntes en la pared). El 2 de octubre de 1875, el escritor firmó por primera vez como Clarín, inaugurando el espacio con el verso que el lector puede ver a continuación. De esta forma Leopoldo Alas entró en la vida literaria de la época y desde su columna empezó a lanzar duras críticas llenas de ironía contra la clase política de la Restauración.

Durante los ratos libres que le dejara la cátedra de la Universidad, Clarín escribía artículos para los periódicos El Globo, La Ilustración y Madrid Cómico. Envía a los periódicos de El Imparcial y Madrid Cómico sus «Paliques» satíricos y mordaces que le proporcionarán algunos enemigos adicionales.

En 1881 se publicó el libro Solos de Clarín, que recogió los artículos de crítica literaria. El prólogo es de Echegaray. Ese mismo año, en el mes de octubre publicó en La Ilustración Gallega y Asturiana el artículo «La Universidad de Oviedo», en el que hace un elogio al claustro restaurado y formado por los profesores Buylla, Aramburu y Díaz Ordóñez, entre otros.

A los 31 años de edad escribe Clarín su obra maestra La Regenta. En junio de 1885 salió a la calle el segundo volumen de esta composición del arte literario. En 1886 se edita su primer libro de cuentos con el título de Pipá. En 1889 termina un ensayo biográfico sobre Galdós, dentro de una serie titulada «Celebridades españolas contemporáneas». A finales de junio de 1891, el editor Fernando Fe saca a la luz la segunda novela larga de Clarín: Su único hijo.

En 1892 Clarín pasa por una crisis de personalidad y religiosa en que, según sus palabras, trata de encontrar a su yo y a Dios. Poco después dejó reflejar dicha crisis en su cuento Cambio de Luz, cuyo protagonista Jorge Arial representa al autor y sus preocupaciones, sus dudas religiosas y su escepticismo filosófico. Clarín define a este personaje como «místico vergonzante». En esta época también colabora con la revista Los Madriles.